

Los tiempos modernos y la docilidad de lo útil

Ana Santillán

En 1936 Charles Chaplin sorprendió con una de sus últimas películas, “Tiempos modernos”, en la que le contaba al mundo, aún a los que no querían escuchar, acerca del tipo de problemas que producía el discurso del capitalismo. Charles Chaplin plasmó, desde entonces y para siempre, ese momento de la civilización. Es un retrato imposible de olvidar. Es un retrato de lo que aún está vivo.

Comienza, sin más, con una sucesión de tres imágenes, por supuesto en blanco y negro: primero se puede ver un reloj que como un gran ojo abierto ocupa imperturbable toda la pantalla, luego, la estampida de un rebaño de ovejas esquilmadas y, por último, el tumulto de una ciudad bajo el humo de una fábrica.

Todo el espíritu de la época está ahí, concentrado en esas imágenes: la producción en serie y la masa; la tecnología y el mercado. Es una visión de un disciplinado frenesí. La docilidad de lo útil.

Time is money, reza la nueva fe. Parece que eso estuviera en cada cosa o podría tocarlo todo: la ciudad, las personas, los objetos. Eso es la causa de las mareas y el engranaje.

En las grandes ciudades, los transeúntes son oleadas que forman una unidad, partes de un océano indiferente. Indiferentes, en busca de la porción de simulacros que esa nueva fe, que ese nuevo orden, promete a cada uno. Pájaros de un mismo plumaje, diría Poe.

Son parte de los efectos del capitalismo. El siglo XIX produjo el surgimiento de las grandes urbes y el nacimiento de la sociedad de masas. La ciudad se convirtió en el escenario de las multitudes. Un territorio anónimo e ilegible. Por eso, no es casual que para afianzar el orden, en esa misma época se hayan creado cantidades de procedimientos de identificación, de cuantificación y de clasificación: la numeración de las calles, las huellas dactilares, el fichaje policial, los peritajes, las estadísticas.

Allí, en medio de las promesas del progreso, las libertades y el optimismo por la ciencia surgió lo que Foucault llamó la sociedad de vigilancia.

Los tests, los estándares de normalidad y los parámetros de adaptación, vinieron de la mano de la psicología. Quizás sea el modo que algunos se hayan sentido protegidos o tal vez los tentados por la ilusión de la asepsia de la ciencia. Quien sabe, pero lo cierto es –como diría Lacan– que desde entonces la psicología “ha descubierto los medios de sobrevivir en los oficios que desempeña para la tecnocracia”.

Mientras tanto, en los “Tiempos modernos”, la trama continúa. Continúa en una sucesión de infortunios ya conocidos. Parece que bastara con cualquier discurso con apariencia de orden para cautivar a los hombres. Eso parece.